

Los rostros del mal / Instituto Universitario de Ciencias de las Religiones. Madrid, Khaf, 2010, 302 pp. ISBN 978-84-937615-6-1.

Como afirma en la presentación el profesor Santiago Montero, actual director del *Instituto Universitario de Ciencias de las Religiones* de la Universidad Complutense, uno de los objetivos de este libro es dar a conocer a un público interesado, fuera de los ámbitos más académicos, parte de la labor desarrollada por ese centro de investigación centrado en los estudios multidisciplinares sobre las religiones. Y para ello se ha elegido uno de los aspectos más persistentes de la vivencia de los seres humanos desde que podemos tener constancia de la existencia de homínidos semejantes a nosotros, es decir desde que podemos encontrar datos arqueológicos de un pensamiento simbólico-religioso, esto es, la íntima y lacerante sensación de que gran parte de las cosas que suceden en el mundo y nos suceden a los individuos no deberían ser, no tendrían que existir; dicho de otro modo, la persistencia del mal o del Mal. Se ha reunido así un elenco de expertos en distintas tradiciones religiosas, principalmente de la Universidad Complutense, pero también de la Universidad de Cantabria y de la UNED. Eugenio R. Luján se ocupa de una de las principales divinidades de la tradición védica, Varuṇa; Federico Lara Peinado del ámbito mesopotámico; Julio Treballe Barrera de las figuras demoníacas en los textos bíblicos; M^a Cruz Cardete del Olmo del mundo grecorromano; Ramón Teja de la figura del Anticristo; Montserrat Abumalham de las formas del Mal en el Islam; Miguel Rivera Dorado se ocupa de los antiguos mayas; Juan José García Norro nos explica los mitos del mal según Paul Ricoeur; y Manuel Fraijó de la reflexión teológica cristiana sobre el mal. En todo caso se trata de artículos descargados del arsenal habitual de notas eruditas o farragosas, pero con las imprescindibles referencias bibliográficas, en un estilo ágil y claro que no evita una importante cantidad de información, y donde el lector no experto en la materia puede situarse de manera excelente en el contexto siguiendo el discurso con facilidad que, en muchos casos, se puede volver apasionamiento, y donde el lector familiarizado con estos campos de investigación agradece unas síntesis brillantes y puestas al día. Por supuesto en una obra de éstas características es imposible que estén todas las tradiciones y culturas, y, lógicamente, se centra en los referentes que conforman esencialmente el mundo europeo, esto es las raíces judeo-cristianas (con sus antecedentes mesopotámicos), grecorromanas e islámicas, con unas breves miradas a la antigüedad védica y maya. Tal vez quien se va entusiasmando con su lectura eche de menos Egipto o alguna referencia al inmenso ámbito de Extremo Oriente, para tener una visión más amplia del problema y las diversas respuestas de los seres humanos, pero, claro está, que en los márgenes de un espacio limitado no pueden tener cabida todas las perspectivas.

No es de extrañar que cualquiera que se acerque a estas páginas las acabe siguiendo con un cierto grado de entusiasmo e inquietud, pues tratan de la pregunta eterna por la existencia del mal en el mundo, del dolor, del sufrimiento, de la imperfección, y de por qué si existen un dios, unos dioses (obviamente el plural o el singular no son indiferentes), supuestamente perfectos, buenos, con los que los humanos tenemos al-

gún tipo de relación (ya la existencia, ya la contractual del rito...) lo permiten. Es aquella pregunta de comienzos de los siglos medios, *Si Deus est, unde malum?* Todos los males que aquejan al ser humano, tal como cristalizó en la teodicea leibniziana, el metafísico o la imperfección, el físico o el dolor, el moral o el pecado, tiene que tener un origen que la mayor parte de las religiones han intentado indagar para que podamos aceptar lo que en el fondo es inaceptable: la muerte, la decadencia del individuo, el padecimiento, el sufrimiento, el crimen, las limitaciones, la injusticia... Esos males, o ese Mal cuando adquiere consistencia metafísica o teológica, se han interpretado que tienen su origen en las divinidades, en entidades intermedias entre lo puramente humano y lo divino, en los muertos que aceptan mal su estatus (es comprensible), en una divinidad o un grupo de ellas que se oponen a otra u otras que luchan por el bien y el bienestar; también se ha interpretado en muchos casos, sobre todo fuera de las religiones monoteístas, que son parte intrínseca de la realidad o la Naturaleza, que es el envés de todo aquello que apreciamos sin lo cual tampoco existiría; en algún caso, posiblemente la opción más tenebrosa pues nos dejaría totalmente inermes, es simplemente el azar, variante caótica del destino (es más fácil que aceptemos un destino aciago que la ventura —en su sentido más etimológico— ilógica); y sólo en pocos casos, casi siempre escapando ya del espacio de lo religioso, se considerará el caso que gran parte de los males sea, simplemente, consecuencia del ser humano y sus propias acciones. En este sentido, como bien explica García Norro al detallar las teorías de Paul Ricoeur, dentro de las cosmovisiones religiosas podríamos distinguir cuatro grandes tipos de mitos sobre el mal (con lo de clarificador y reductor que tiene toda clasificación, y por supuesto podríamos ampliar y matizar mucho). «El primer relato mítico explorado por Ricoeur sitúa el comienzo del mal en el origen mismo del ser, en los propios dioses que crean el mundo. De modo que el mal no sobreviene a la creación de forma inesperada, no surge de una falta que carece de explicación alguna, no es tampoco el resultado de la degeneración inevitable del cosmos, sino que le antecede. Antes de haber mundo ya había mal.» (p. 220). Será precisamente la teomaquia entre distintos tipos de dioses la que al instaurar el cosmos derrote el mal originario; el mal que aparece en el mundo es simplemente algo residual, una imagen que podemos conjurar reiterando ritualmente la victoria originaria, como podemos apreciar en el *Emuna Elish* babilónico o en algunas cosmogonías griegas. Habría un segundo grupo de mitos, en la división que hace Ricoeur, que podemos denominar trágica, que desarrollaron, sobre todo, los grandes poetas griegos, en los que el Destino marca los acontecimientos, el mal es intrínseco a la existencia y el sufrimiento permanente, pero el héroe se arriesga y lucha aun siendo consciente que es un combate avocado al fracaso, y en ello reside su grandeza. El tercero sería el mito adámico judeo-cristiano, en el que siendo la creación buena, el mal es introducido por el propio ser humano que se enfrenta a los designios divinos. El mal surge del discurrir histórico humano y desaparecerá dentro de la historia con el advenimiento de los posibles Mesías. Y, por último, el mito órfico, en el que un alma de origen divino es encarcelada en un cuerpo que le lastra hacia una materia aciaga. La tarea de los individuos es ser conscientes de ello e intentar purificarnos liberando nuestro elemento espiritual. En este sen-

tido toda una tradición paulino-agustiniana, dentro del cristianismo, recogerá esta idea del mal en clave de pecado que ha tenido (y tiene) una influencia perniciosa sobre la cultura europea. Como afirma Manuel Fraijó: «Esta teología del castigo ha tenido dos graves consecuencias. Por un lado, lanzó al ser humano a una penosa travesía de autolesiones. El cuerpo, instrumento principal del pecado, debía ser castigado. Sobre él cayeron ayunos, azotes y toda clase de desprecios.» (p. 269).

Bien es cierto que, como siempre, podemos sufrir una cierta distorsión fruto de una cultura básicamente monoteísta, olvidando que a lo largo de la historia los tipos de explicaciones más comunes son de tipo, por simplificar, politeísta. M^a Cruz Cardete del Olmo nos recuerda que en el mundo grecorromano (como en tantos otros, véase también el estudio de Rivera Dorado sobre los mayas) no existe el mal como entidad aislada del Bien (p. 107), no hay dioses totalmente malvados ni dioses absolutamente bondadosos, todo, tanto entre los dioses, como en la propia existencia mezcla bondad y maldad de forma similar, el orden del mundo, en ese sentido, es mestizo. En todas estas tradiciones reina la inseguridad, los seres divinos pueden actuar contradictoriamente, y los seres humanos tienen la certidumbre de que pueden ser castigados pero ignoran que parte de su actuar ha causado la ira del dios. Al describirnos la forma de ser y comportarse de Varuṇa, Eugenio R. Luján afirma que «la relación con el dios parece difícil y genera una cierta inseguridad en los fieles, creando un sentimiento de culpa en quienes sienten que han sido castigados por él, que muestran su pesadumbre por la pérdida del favor del dios» (pp. 32-33), por lo que los rituales en numerosas culturas tienden a no dejar fuera ninguna posibilidad, que no quede inadvertido cualquier falta. No hace falta recordar que, en estas tradiciones, no hay premios ni castigos post mortem, las culpas se pagan en vida, sea en uno mismo, o, ya que la culpa se socializa, en sus familiares, los miembros de su grupo o en los descendientes (lo que supone una magnífica forma de explicar el mal que sufren los justos); es el clásico concepto griego de *miasma* o impureza, que incluso puede contaminar la tierra donde ese grupo vive; las plagas, los desastres naturales, las enfermedades dejan de ser fenómenos objetivos para convertirse en castigo por el comportamiento de comunidades o individuos (concepto que, por desgracia, no ha desaparecido del todo en nuestras sociedades, no hay más que recordar muchas reacciones ante el SIDA). En una línea similar, bien sabemos, cómo una forma de evitar los males de las comunidades sería trasladarlos a personas o animales que sufrirían por el conjunto de la sociedad, como el chivo expiatorio hebreo o el *pharmakós* griego (políticamente se sigue empleando mucho). Pero el mal no solo se puede sufrir en la tierra durante nuestra existencia, sino que, en muchos casos, la muerte no era el mal definitivo sino que habría la puerta a otra existencia de penuria. Por supuesto para algunas de las culturas tradicionales todo cesaba con el fallecimiento, pero para muchas (aun no existiendo Cielo e Infierno) los espíritus de los difuntos podían quedar en una situación ambigua y trágica, bien porque no se hubieran realizado los rituales funerarios de forma correcta, bien porque se quieran aferrar a una existencia que perdieron; en todo caso, esos muertos renuentes podían afectar negativamente a los vivos. Bien podemos comprender que los muertos no quisieran emprender el viaje al Más Allá, no tenemos más

que leer las descripciones de casos como el mesopotámico o el griego para asistir a un Mundo de Ultratumba, un Reino de los Muertos, prácticamente igual para todos, triste, mortecino, cubierto de barro y polvo, en el que las almas vagan sin recuerdos; a todos nos viene a la memoria el lamento de Aquiles prefiriendo ser un siervo en la superficie que siendo el rey del Hades. Por supuesto este mal que se traslada de nuestras acciones o de la Naturaleza a seres divinos, semidivinos o demoniacos (en el sentido del término actual no en el original griego), adopta formas, rostros, figuras horripilantes (el tema del mal bello, o la belleza en el mal nos llevaría a otro lado). Resulta fascinante, como lo sería también una portada románica, asistir, por ejemplo, a la detallada descripción que hace en su artículo Federico Lara Peinado, de esa pléyade de «demonios», los siete *Utukku*, los *Gallu*, *Lamashtu*, *Pazuzu*, o *Mushkhushu* (entre otra infinitud) que adoptan un aspecto entre zoomorfo y teratomorfo, mezclando en una misma figura partes de leones, águilas, serpientes, perros, escorpiones... o monstruos como *Humbaba*, el poético guardián del Bosque de los Cedros, con su rostro formado por intestinos... no deja de resultar curioso como al mismo tiempo nos atraen y nos hacen temblar, bueno, como afirmaba Rudolf Otto ese es el fondo de lo sagrado.

Claro, los monoteísmos son otra historia (dejamos a un lado los dualismos, o la tendencia que tienen los monoteísmos a establecer un dualismo larvado). En tanto que establecemos un Dios todo Bondad, Omnisciencia y Omnipotencia, el problema del mal se agrava y acaba salpicando a la propia divinidad. Tal como nos explica con respecto al Islam Montserrat Abumalham «... las respuestas [ante la pregunta del mal] están mediatizadas, por una parte por la preocupación en no caer en posiciones maniqueas, que otorgan al bien y al mal una misma dimensión ontológica, lo que se contradice con la estricta unicidad divina; y, por otra parte, por la forma de interpretación de determinados versículos del libro revelado que parecen apuntar, en una lectura al pie de la letra, a la falta de libertad del ser humano.» (pp. 155-156). No es cuestión de entrar en algunas de las reflexiones teológicas para resolver el problema, como aquellas de la imperfección esencial del ser humano o de su capacidad de elección para merecer premio o castigo; o de adentrarnos en algunas personificaciones del mal como el Anticristo del que nos habla Ramón Teja, o su parejo en el Islam, *Al-Masih al-Dayyal*, de quien trata la profesora Abumalham, pero no podemos dejar de mencionar un tema que aparece en varios de los artículos, y que podríamos denominar el Tema de Job, es decir el escándalo que produce, entonces, ahora, el sufrimiento de los inocentes, y los normalmente pobres intentos de explicación de tal hecho clamoroso en un contexto religioso. Muy atinadamente Manuel Fraijó nos recuerda como para el siempre lúcido Nietzsche, Dios murió de piedad, de pena, por constatar su impotencia, por no poder responder a todos los gritos de quienes sufren; porque la otra posibilidad, que encontramos apuntada en el artículo de Julio Treballe, es encontrar un Dios que tiene su lado oscuro: «Satán es la cara oculta de Yahvé, quien le cede su mano cuando le dice refiriéndose a Job: 'Ahí está en tu mano'. De este modo Yahvé se hace responsable del mal que el Satán va a infligir a Job. Por dos veces Yahvé cede a la apuesta urdida por su fiscal. Job ignora la existencia de tal conjura, pero no

deja de adivinar la mano de Yahvé tras su desgracia: ‘Deja ya de castigarme...’ (13,21). Este y otros pasajes bíblicos han llevado a hablar de ‘lo demoníaco en Yahvé’, como cuando este sale al paso de Moisés ‘y quiso matarlo’ (Éxodo 4,24).» (p. 93).

Pedro Marcos de Cossío
EUMBAM – Universidad de Deusto (Bilbao)

RUIZ MORELL, Olga y SALVATIERRA OSSORIO, Aurora, *Maimónides. Leyes sobre el matrimonio (hilkot ishut) del Mishné Torá. Introducción, traducción y notas*. Estella, Biblioteca Midrásica 32, Editorial Verbo Divino, 2010, 319 pp. ISBN: 978-84-8169-9945-099-5.

La colección Biblioteca Midrásica alcanza con éste el volumen 32 y hay que congratularse por ello y también por el hecho de que vuelva por sus fueros, presentando una muy cuidada edición bilingüe español-hebreo. Es cierto que la traducción de una obra de Maimónides se justifica por sí misma y que a la mayor parte del público al que ésta podría y aun debería interesar no necesita ni va a preocuparse por el texto hebreo. Pero al conocedor de esa lengua le produce una inmensa satisfacción poder leer al propio Maimónides en el original con la ayuda inestimable de una buena traducción en columna paralela, pues el texto no siempre es fácil de entender si uno no tiene fresco el inmenso caudal de conocimientos técnico-jurídicos que se suponen y de cuyo dominio las autoras hacen gala. Y no es de extrañar, pues ambas llevan tiempo dedicando buena parte de su esfuerzo investigador a temas relacionados con la legislación talmúdica referida a la mujer y han sacado a la luz varias obras, tanto en colaboración como por separado.

¿De qué se trata en esta ocasión? Es una parte, pequeña sí pero importante, del trabajo de compilación y codificación que el sabio cordobés realizó convirtiéndose en el más importante codificador del judaísmo post-talmúdico. Y la afirmación no admite discusión, aunque siglos después apareciera otro gran codificador también de origen peninsular-hispano, Yosef Caro, pues éste construiría sobre los cimientos ya bien asentados por Maimónides.

La recopilación de las muy dispersas leyes talmúdicas y su ordenación y clasificación por grandes temas, dejando a un lado las discusiones y contradicciones de los rabinos antiguos, las anécdotas, refranes y chascarrillos con que adornaban y fundamentaban sus decisiones, fue la labor emprendida y llevada a buen término por Maimónides en su magna obra titulada *Mishné Torá*, ‘Repetición de la Torá’. Él mismo escribe en la introducción: «Por esto, yo, Moshé ben Maimón el sefardí... estudié todos esos libros y decidí compilar aquello que sirviera para aclarar... lo que está prohibido y lo que está permitido... exponiéndolo en una lengua clara y concisa... sin citar las dificultades y soluciones o si éste opina una cosa y aquél otra, sino dando indicaciones claras y convincentes... En pocas palabras, para que nadie necesite de ningún otro libro que trate de las leyes de Israel...».